

ASTRALIS 2

· ANNE

ANTONIO J. BAZALO

Título original: Astralis 2 · Anne.

© Antonio J. Bazalo. 2009.

Registro de la Propiedad Intelectual: B-6735-08

1º edición: Barcelona, abril de 2009.

Visite la web oficial de Astralis en: www.astralis-saga.com

SINOPSIS

Hace veinte años, una joven llamada Alicia comenzó una revolución. Gracias a ella, la Humanidad recuperó la sensibilidad a la energía astral, un componente del espíritu capaz de alterar la realidad y dotar a los humanos de habilidades superiores a las permitidas por las leyes físicas.

Anne-Marie Belmont tiene veintiún años. Vive en París con sus padres y hermanos, estudia en La Sorbona y pasa su tiempo libre con su guitarra y sus amigos.

Es la vida que siempre quiso Alicia.

Mientras el mundo de los mortales disfruta de esta nueva Era, los habitantes de la isla de Astros se enfrentan a un doble desafío. Por un lado, renunciar a su inmortalidad para descubrirse y reintegrarse en la civilización; por otro, una extraña enfermedad que les priva de su fortaleza, su salud, y quién sabe si algo más...

0

EL SUEÑO DE ANNE-MARIE

-Te contaré un secreto -le dijo el universo.

Y le habló durante horas que parecieron años, a través de estrellas mensajeras, contando odiseas de locos y presagios sobre batallas pendientes de grandes hombres.

Anne subrayó los hechos y resaltó los nombres con la luz que fluía de sus dedos, entintando el firmamento.

-Días inconclusos, penitencias no cumplidas -leyó ella-. El cosmos está inquieto, uno de su hueste reclama antiguas cuentas.

Destacó una conjunción de jóvenes estrellas azuladas sobre una gran roja. Era como encontrarse con notas de a pie.

-El Otro está en camino -creyó entender.

Miró hacia abajo. Estaba sentada sobre una de Las Alas, con la Tierra azul a su espalda. Al volver los ojos al frente echó en falta al vasto espacio y una misteriosa visión se gestó ante ella: dos espadas frente a frente, centelleantes, grandiosas. Una brillaba con el mismo matiz dorado que Las Alas; la otra, más modesta, pero no menos valiente, emitía un fulgor de color rojo magenta.

-Alicia -oyó decir a una voz de hombre.

-Albilus -contestó otra voz, esta vez de mujer.

Dieron un elegante giro para encaminar los mandobles. El choque de las hojas fue como el brillante adiós de una nova.

Anne despertó sobresaltada y arrojó al suelo el libro que tenía sobre su regazo. Era la consecuencia a no hacer nada contra el insomnio que la privaba de descanso desde hacía varias noches. Su consciencia aprovechaba cualquier descuido, por mínimo que fuera, para llevarla al reposo, pero el cruento contenido de sus sueños la traían de vuelta una y otra vez.

Los párpados pesados y la vista borrosa no ayudarían a estudiar, así que decidió dejarlo por un rato. Dio la espalda a la mesa y encontró su libro, levemente herido, ante sus pies. Lo recogió con cuidado y lo puso en la mesa con la cubierta hacia arriba.

Los Diarios de Alicia, leyó en la portada.

Miró por la ventana. Faltaban horas para la puesta de sol en París, pero ya podía ver el cielo lleno de estrellas.

Y las Alas.

Las Alas Doradas de la Tierra.

1

LOS VIEJOS AMIGOS Y ALGUNOS OTROS

Más que nunca, París era la ciudad de la luz. A donde se dirigiese la vista había una presencia brillante de energía astral y todo aquel que diese un paseo o simplemente se asomase por la ventana, recibía el regalo de ver la belleza de lo ahora visible. El Hombre había aprendido y el conocimiento era ya tan suyo que su buen uso era del todo cotidiano. Desde señales de información a carteles; desde gigantescos anuncios publicitarios hasta muestras de arte en la vía pública... Calles y edificios presumían engalanados con la luz de los secretos recordados por la humanidad.

Sin embargo, la sociedad no había conseguido superar del todo la forma de vida que llevaba cuando el Velo del Olvido fue destruido, y en lugar de iniciar una nueva era en toda regla, acomodó el redescubrir de la energía astral, la etiquetó de nueva ciencia y tecnología y la amoldó al estilo contemporáneo.

Así, Anne-Marie Belmont, con sus lozanos veintiún años recién cumplidos, conseguía dormir un poco más de lo posible pero menos de lo deseado. Más de lo posible porque la luz del sol entraba directa a su ventana, a primera hora de la mañana, a causa de la particular orientación de su habitación, pero un hábil filtro de energía astral que cubría todo el marco mantenía el interior en sombras. Y menos de lo deseado porque, puntual como cada mañana a las siete, la pequeña luz sobre la base de cristal azul de su

escritorio crecía hasta elevarse, pasaba ante el filtro de la ventana para desactivarlo y después volaba hacia la cabeza de la cama para susurrar al oído de Anne una de sus canciones favoritas, “*What are you waiting for?*”, del grupo “*Red & Blue Puzzle*”:

*“Cielo, todos mis días
son tan distintos
que cada noche me lamento
por no poderlos retener.*

*En mis sueños y en mis recuerdos
perviven los buenos momentos
los que siempre quisiste
y quizá no viste.*

*Vivimos sumergidos
en el cofre del tesoro
los motivos para ser ya no sobreviven
ahora es tan sencillo.*

*Y yo me pregunto, a qué estás esperando
y tu me respondes, a la estación de las luces
Y yo te pregunto, a qué estás esperando
y tú me respondes, a las palabras dulces”.*

Desperezó sus ojos del color de un cielo a mediodía y rebuscó en su larga cabellera rojiza. La pequeña goma con la que ató su pelo vagaba enredada en alguno de sus mechones. Anne la encontró sin muchos problemas, pero la dejó caer y se perdió entre las sábanas. Demasiado temprano para pedir tanta habilidad al tacto.

Anne acabó por desentenderse del asunto y fue al baño. Tras ducharse, volvió a su habitación y escogió su ropa: jersey verde oscuro de cuello alto y pantalones vaqueros negros; un cinturón marrón con una pequeña hebilla plateada en forma de estrella de ocho puntas y su comunicador en la muñeca izquierda. En la derecha un brazalete fino de cuero negro, regalo de alguien especial.

Mientras bajaba las escaleras hacia el salón, Anne cayó en la cuenta de que, nuevamente, había tenido aquel insistente sueño. Y una vez más era incapaz de recordar qué era lo que aquella cascada de voces que en realidad eran una sola le decían.

Tan sólo recordaba las estrellas.

Bajar al salón era como revivir cada día. Bastaba recordar la mañana anterior para acertar con antelación qué se iba a encontrar más allá del primer escalón. Comenzaba con su padre, Auguste Belmont, en su admirable labor multitarea, esto es, repasar el periódico, los *feeds* de su pequeño ordenador portátil, oír la tertulia matutina en televisión y seleccionar notas de cada medio para sintetizarlas como nueva lección de la asignatura que impartía en la Sorbona: Fundamentos Neohumanísticos aplicados a la Edad de las Estrellas.

Y una cosa más: su tazón de café descafeinado.

Anne fue hasta él para reprenderle, ella no terminaba de creer en aquel nuevo café 'sin perjuicio para el estómago', pero al llegar junto a él, la televisión la distrajo. En la imagen de la pantalla, justo tras la periodista, se apreciaba claramente el palacio de Nymphenburg de Munich:

-Todo parece preparado aquí, en la capital del estado federal de Baviera, donde la lista de jefes de estado y de gobierno que acudirán a esta histórica cita asciende ya a más de trescientos. Sin duda, va a ser el acontecimiento político más importante desde la cumbre de París y, a falta de tres días para la inauguración oficial, ya hemos podido ver la llegada de los primeros líderes, como por ejemplo los presidentes de Argentina, Japón, Marruecos y Portugal. Para mañana se ha confirmado la presencia de los representantes de España, Italia y posiblemente de Sudáfrica. Todos ellos serán recibidos y alojados en uno de los pabellones del Nymphenburg, concretamente, y según un comunicado del departamento de prensa de palacio, en el de Badenburg, que pueden apreciar detrás de mí. Podemos confirmar que se van a desarrollar una serie de reuniones bilaterales entre algunos de estos países para cerrar acuerdos de cara a la cumbre y concretar determinadas propuestas sobre el reparto de tareas de producción agrícola y reciclaje. Por supuesto, no faltan

las especulaciones sobre alguna sorpresa relacionada con el rumoreado y ansiado nuevo sistema de comunicaciones basado en campos astrales que puede convertirse, sin duda, en el protagonista absoluto.

Auguste notó un peso sobre el respaldo del sofá y una respiración lenta tras su espalda. Le bastó el rabillo del ojo derecho para encontrar a Anne.

-Al menos podrías dar los buenos días, hija -señaló él.

-Buenos días, papá -contestó ella con un beso, pero sin desviar la mirada del televisor-. ¿Me he perdido algo interesante?

-No, ¿por qué?

-Porque deberían preguntarme sobre esto en clase.

-¿Con quiénes te toca hoy?

-Con Maquet -respondió ella, justo antes de emprender el camino hacia la cocina.

-¡Ah, buen tipo ese Maquet! -afirmó Auguste-. ¡Excelente profesor, sí señor!

Anne entró en la cocina. Olía a pan tostado, queso azul untado y más de un aroma de infusiones. Su madre, Joanne, daba un último bocado a su rebanada mientras preparaba el desayuno para alguien más.

-Buenos días -saludó Anne

-Buenos días, hija.

-¿Eso es para mí?

-No, para tu hermana.

-Pues muchas gracias -gruñó Anne-. Ya podría preparárselo ella como hago yo, ¿no?

-Sí, pero entonces ya no sería la mimada de la casa -justificó su madre, acompañado de un beso en la frente. Después le acercó como consolación su taza favorita con una cuchara en su interior.

El primer paso es reconocerlo -dijo Anne. Aceptó la taza y miró en su interior, estaba vacío. Fue hasta el azúcar y se puso dos cucharadas medianas y otra más de cacao en polvo.g

-¿Cómo va la tesis? -preguntó a su madre mientras vertía agua en la taza.

-Bastante bien -contestó-. Si no pasa nada, la tendré lista

para la próxima convocatoria.

-Estupendo.

-Sí, y hay algo más.

-¿Qué? -Anne manipulaba la fricción de las moléculas del agua de su taza con su energía astral para calentarla.

-He decidido volver para el próximo semestre.

-¿¡Vas a volver!?! ¡Estupendo! -era sin duda una gran noticia para Anne, y lo celebró con un gran trago a su cacao caliente-. ¡Tendrías que haber vuelto ya! -añadió mientras relamía sus labios con la lengua.

-¡Ssh! No hables tan alto.

-¿Por qué no? -preguntó Anne, extrañada-. ¿Mi hermana sigue dormida?

-No. Es que... -titubeó su madre.

-¿Qué? Venga, dime.

Joanne respiró hondo.

-Tu hermano está arriba.

A Anne casi se le atraganta el cacao.

-¿¡Philippel!?

-Sí, llegó anoche... -Anne no le dejó acabar. Dejó su taza sobre la mesa y corrió al salón-. ¡Espera, Anne! ¡Está durmiendo!

La joven no gastó cuidado en mantener el silencio que pidió su madre. Y por supuesto, ignoró por completo a su padre cuando éste también le rogó que dejara a su hermano dormir. Subió los escalones de dos en dos con tanto brío que el parqué del piso superior tembló.

Al llegar arriba tuvo un gesto de consideración, se quitó las zapatillas y anduvo de puntillas hasta la habitación de su hermano. La puerta estaba cerrada; seguramente, él dormía; pero Anne se moría de ganar por verle, así que se paró frente a la puerta, dejó las zapatillas en el suelo, respiró hondo y desdobló su cuerpo y su alma. La cabeza de su cuerpo astral salió de su físico, atravesó la puerta y asomó la mirada al interior.

La habitación estaba por completo a oscuras. Las cortinas, que en este caso eran de sencilla tela, cubrían la ventana. A pesar de ello, y gracias a la propia naturaleza del plano astral, Anne podía ver

con claridad. Su hermano descansaba a pierna suelta sobre la cama. Tan cansado debió llegar que no deshizo la cama. Ni la ropa se quitó.

El cuerpo astral de Anne entró por completo en la habitación. Se acercó a Philippe, se agachó junto a la cama y le miró. Hacía mucho tiempo que no veía aquel rostro en persona y lamentó no encontrarle despierto para poder ver aquellos ojos azules que también había heredado de su madre, pero no le despertaría por algo tan egoísta.

Volvió la vista atrás hacia un objeto de gran valor que codició en su momento, la gabardina de cuero de su hermano. Llegaba hasta el suelo y tenía un corte transversal pasada la cintura, una auténtica maravilla. Reposaba sobre el respaldo de una silla, una tentadora ocasión para hacerse con ella durante al menos toda la mañana, si no fuera porque el enfado posterior de Philippe sería monumental. Anne la observó de cerca y sopesó los pros y los contras de la fechoría que tramaba. Casi parecía decidida a correr el riesgo, cuando...

-Sigue siendo mía -oyó en el último momento. Un leve y débil susurro en la oscuridad. Aquellos ojos azules que tanto extrañó ahora la miraban a ella, entre abiertos.

-¿Te hacías el dormido? -preguntó Anne con una sonrisa de bribona en sus labios.

-Dormía hasta que entraste -contestó-. Tu presencia se siente con mucha fuerza.

Aquel momento era lo que realmente echaba de menos. Los instantes en los que se materializaba aquella extraordinaria conexión que había entre ambos.

-Un momento -Anne volvió sobre sus pasos, cruzó la puerta y volvió a su cuerpo físico. Su hermano cerró los ojos y se dio media vuelta para rehuir de la luz exterior que penetró en la habitación cuando Anne abrió la puerta. Ella cerró tras de sí lo más rápido que pudo, corrió hacia la cama y se lanzó en picado sobre Philippe.

-No te vuelvas a ir -rogó ella, y le dio un beso con todo su cariño. Él, aún de espaldas, levantó su brazo izquierdo y lo pasó tras

ella para acariciar su rostro y su pelo al tiempo que le contestaba con un ronroneo.

-¿Dónde has estado? -preguntó Anne.

Su hermano restregó la cara contra la almohada, necesitó desmerecerse, contra su voluntad, para responder.

-En Berlín.

-¿En la protesta del Reichstag? ¡Lo sabía! Estuvimos atentos a la tele por si te veíamos.

-¿Ah, sí? Christine y yo conocidos a Jeff Bernour y estuvimos con la gente que pedía la moratoria del bloqueo de pesca. Ojalá hubieras estado allí, Anne. Berlín fue... increíble

-Papá y mamá se echan a temblar sólo con pensar que yo pueda seguirte a una de tus cruzadas idealistas -dijo entre risas-. Por cierto, pensaba que después de Berlín irías con Christine a Munich.

-Christine ha ido a Munich -hizo una sentida pausa-, con el tal Jeff.

-Ups -exclamó Anne.

-Sí, ups.

-Lo siento, nenito.

-Es igual, no íbamos en serio.

-¿Puedo saber qué pasó? -preguntó ella con temor.

-Podrás. Dentro de tres o cuatro mil años.

Anne contuvo la risa y se lo comió a besos. Ése era su hermano, Philippe Belmont. El sentido del humor era lo último que se perdía, justo después de la esperanza.

-Tengo algo que es tuyo -dijo ella, se quitó el comunicador de la muñeca izquierda y se lo ofreció a él.

-¿Has estado usando el mío? -preguntó, sorprendido.

-Sí, añadí mi cuenta y mantuve la tuya, averigüé tu clave.

-¿Para qué?

-Por si recibías algún mensaje que nos ayudara a saber dónde estabas -explicó ella.

-Puedes quedártelo -le dijo-, no volveré a usar ese cacharro.

-Debes llevarlo -insistió Anne-, ¿sabes lo difícil que es para mamá y papá no poder saber que estás bien? No es justo para ellos.

-Estar localizable no es ser libre -gruñó Philippe.

Anne, rendida, se levantó de la cama y dejó el comunicador sobre la mesilla de noche.

-Me voy a clase -dijo-. No te vayas a ir, ¿eh?

-Me encontrarás tal cual me dejas -prometió-. ¿Qué tienes hoy?

-Actualidad Política Avanzada. La da un viejo conocido tuyo y de papá, Maquet.

-Dale recuerdos.

La joven caminó hacia la puerta mientras arreglaba su pelo, desbaratado por las carantoñas.

-Ah, Anne -llamó su hermano, justo cuando abría la puerta-. Mira en el bolsillo de mi chupa.

-¿De tu gabardina? -preguntó ella, perpleja-. ¿Ahora soy digna de tocarla con mis manos impuras?

-Sí, venga. Mira en el bolsillo izquierdo, es para ti.

Anne fue hasta el abrigo y rebuscó en el bolsillo. Había un objeto de tamaño mediano, cuadrado, fino y rígido. Lo sacó y llamó una pequeña luz dorada sobre la palma de su mano izquierda para poder ver. La joven alucinó al descubrir qué era.

-¡Oh, no puede ser! -gritó-. Es un... ¡Son los b-sides de Neverwinter! ¡Y en disco compacto! ¡Esto es una reliquia sagrada!

-Sí, reliquia sagrada, esas son las palabras. Espero que aún te funcione aquel viejo discman de papá.

-La verdad es que se rompió poco después de que te fueras -reconoció ella-, pero Jeroy lo arregló.

-¿Jeroy? ¿Qué clase de nombre es ése?

-Es de Jerome, hermanito.

-Ah, ¿y te regaló esa muñequera? -preguntó, refiriéndose a la que llevaba Anne en su muñeca izquierda.

-¿Cómo lo sabes?

-Por la runa que lleva grabada y por el brillo fluorescente, está pensada como regalo para quien te gusta. Yo le di una igual a Christine.

Anne observó el símbolo de su muñequera, en efecto, brillaba por sí sola. La runa era pequeña y su brillo no era muy fuerte, por eso no se había dado cuenta hasta entonces.

-Con razón ya no se me acercan los chicos como antes -entendió Anne-, a pesar de que casi nadie sabe lo mío con él en la facultad.

-Mantener un secreto en la Sorbona significa que ya lo debe saber todo el mundo, Anne. No es cuestión de muñequeras.

Ella rió, su hermano tenía toda la razón del mundo, pero no le resultaba cómodo estar con alguien de la facultad con su padre dando clase en el mismo campus.

-Oye, de verdad que no entiendo cómo consigues estas cosas -dijo ella, refiriéndose de nuevo al disco.

-Contactos, hermanita. Contactos.

Ella volvió hasta él y le dio un beso más, de los gordos.

-¡Graaaaaacias! Lo pondré en cuanto vuelva -dijo mientras iba hacia la puerta, su hermano esbozó una sonrisa de aprobación.

Anne se dirigió a su habitación, casi al fondo del pasillo, junto al baño. No podía creer lo que tenía en sus manos. Neverwinter fue el grupo que abanderaron los primeros años tras la caída del Velo del Olvido con su actitud irreverente y unas letras que parecían estar escritas con fuego. Por desgracia, sus integrantes, empezando por Michael Stingler, dejaron el grupo para dedicarse a sus recién creadas familias cuando apenas habían publicado tres álbumes y estaban en la cresta de la ola. Cualquier disco, fuese un single o una grabación pirata de algún concierto, era codiciadísimo por los entendidos.

Al entrar en su dormitorio, Anne se llevó la siguiente sorpresa de la mañana:

-¡Rébecca!

No era la primera vez que pillaba a su hermana hurgando en sus cosas. Se había levantado antes que Anne, pero aún llevaba su horrendo pijama de ovejitas rosas y su corto pelo de negro teñido sin peinar.

-¡Ay, Anne! Pensaba que ya te habías ido -demasiado sincera para dar buenas excusas.

-Qué va, si todavía son las... -Anne no llegó a terminar la frase, el reloj de su mesa avisaba de su error. Decir 'todavía' ya era incorrecto-. ¡Oh, no llego!

Soltó el disco de Neverwinter, sacó de un cajón su auténtico comunicador y se lo puso en la muñeca. Después abrió su armario y sacó su guitarra, bien protegida en su funda roja, mientras su hermana le decía algo a lo que no prestó ninguna atención. Cargó el instrumento al hombro usando la correa de la funda y salió a la carrera.

-¡Te estoy hablando, Anne! -Rébecca corrió tras ella-. Necesito que me digas cómo se hace aquello del perfume natural. El que usaste en Nochevieja.

-¿¡Qué!?! ¡Ni hablar!

-¿Por qué no?

-Porque aún no he afinado el código y no encuentro una configuración astral en la que no haga falta manipular ningún chakra.

-¿Y qué? -repuso su hermana, persistente.

-¿Cómo que 'y qué'? Con la versión actual no se puede contrarrestar el exceso de feromonas. Al conseguir que tu propio olor corporal sea tan vigorizante provocas una avalancha hormonal tanto en ti como en la persona que lo huele. Y créeme, es un problema.

-Bueno, pues lo modificaré yo para que huela menos -insistió Rébecca, a pesar de que ya estaban en el salón y sus padres las oían discutir. Anne frenó en seco y se volvió hacia ella.

-Oye, si fueras capaz de conseguirlo, te daría mi sobresaliente en Programación Astral Orgánica de segundo año -le espetó-. ¿Crees que no te lo estoy diciendo en serio? Bastante revolucionadas tienes las hormonas tú y la gente de tu edad como para encima potenciarlo.

-Pero Anne...

-¡Olvídalo! Nada de perfumes provocativos hasta que yo arregle la formulación y tu cumplas los dieciocho, o los veintiuno. No, mejor hasta los veinticinco. Bala perdida.

-¡Eh! ¿Qué es eso de un perfume provocativo? -preguntó su padre con gruñidos celosos.

-¡Eres odiosa! ¿Lo sabes? -gritó Rébecca a su hermana.

-Vale -dijo Anne-. Hacemos una cosa, te lo dejo si mamá

está de acuerdo. ¡Mamá!

-No grites, que estoy aquí -dijo su madre.

-Rébecca quiere usar su energía astral para oler como yo en Nochevieja -le explicó.

-De eso ni hablar -sentenció su madre sin titubeos.

-¿Ves? -señaló Anne-. ¡Hasta luego a todos!

Anne fue hacia la puerta principal. Creó entre sus dedos dos minúsculas esferas azules y puso una en cada uno de sus oídos, después improvisó en su mente una selección de sus canciones favoritas y programó con ellas las esferas.

Justo cuando tenía el tirador en la mano, y por enésima vez en aquella mañana, algo la detuvo. Las noticias de Munich que llegaban gracias a la televisión llamaron de nuevo su atención:

-El dispositivo de seguridad ha dispuesto agrupar y retener a los manifestantes en los jardines del Sophienstrasse, a casi cinco kilómetros del Nymphenburg. Al igual que en Berlín, el gobierno alemán y la presidencia europea han prohibido todo uso de fuerza y se prevé que la concentración transcurra de forma pacífica, pero la paciencia de los grupos pro-pacto parece agotarse y la demanda de un acuerdo final comienza a crear tensión en el..

A partir de entonces, Anne obvió a la periodista. Miró escaleras arriba, su hermano estaba en sus pensamientos. Después volvió la vista a su madre, quien la miraba fijamente. Su padre y su hermana Rébecca también la entendieron. Sin palabras, compartían la más que evidente preocupación.

-No os preocupéis -dijo Joanne-. Incluso si va, no le pasará nada. No van a cargar contra la gente, las cosas ya no son como antes.

-No es eso -dijo Anne con voz ahogada-, es por esa cumbre. No sé... Hay algo que no está bien.

Callaron todos por unos instantes, Después, Anne abrió la puerta de casa.

-Me voy, hasta luego.

-Adiós, hija -despidió su madre.

Anne salió de casa, situada a media altura de la calle de les Cinq Diamants. Acarició las esferas de sus oídos mientras bajaba los

últimos escalones del portal y éstas empezaron a vibrar. Los primeros acordes de guitarra de *Belladonna* del grupo inglés The Mission comenzaron a sonar para ella:

*“Tú serás el chico y yo seré la chica
Seré tu juguete si tambaleas mi pequeño mundo
Me vestiré con tu mejor encaje de satén y posaré para ti
Pasaré tu cuchilla por mis piernas y pintaré mi cara”.*

Las farolas de energía astral se habían apagado y el sol asomaba en el nacimiento de una de las Alas Doradas. Rotaban alrededor de la Tierra en sentido este a oeste, de modo que servían para situar los puntos cardinales.

Tomó la dirección hasta el bulevar Auguste Blanqui y de ahí, apenas a unos pasos, a la Plaza de Italia. Era el punto de encuentro diario, justo en la boca de la línea M7 de metro. La guitarra le pesaba sobre la espalda, y por ello sentía envidia de cada uno de aquellos que la sobrevolaban desde el aire. Su despertar aún no había llegado, algo poco común a su edad. Los amores de juventud llegaban pronto en la París de la nueva Era, e incluso ella llevaba en su muñeca una señal de los sentimientos de alguien, pero sus alas aguardaban, al igual que las puertas de su corazón.

Se detuvo en el paso de peatones que la separaba de la plaza. Los coches pasaban rápidos y silenciosos ante ella. Las artes astrales habían sido aplicadas en el transporte de motor y los vehículos funcionaban con un orbe luminoso bajo el chasis creado especialmente para recoger oxígeno, producir una fisión controlada de sus átomos y conducir la energía resultante a través de todos los sistemas del vehículo. Los tubos de escape ya no formaban parte de los diseños. Y gracias a ello, los bajos de los coches emitían luces de colores.

El semáforo, también operante con luz astral, dio el paso a los peatones. Sobre el asfalto, la joven Anne escuchó el final de la canción:

“Cuán sencillo es para mí poner mi vida en tus manos

Y qué fácil es ser todo aquello que me pidas”.

A pesar de ir con los minutos contados, Anne llegó primero. Pensó que su amiga Sophie estaría allí con cara de pocas amigas, era una chica muy impaciente, pero Anne resultó llegar, a su modo, puntual, aunque con sólo unos segundos de ventaja.

-Buenos días -oyó a su espalda, era Sophie. Su deslumbrante pelo rubio estaba recogido con una elaborada trenza y unas simpáticas pecas en sus mejillas, añadidas a sus grandes ojos verdes, la hacían inconfundible entre la multitud.

-Buenos días -Anne se quitó las esferas de los oídos y se saludaron con un beso-. Vamos.

Las dos bajaron juntas a la estación. A pesar de que era hora punta, pocos eran los que se encontraban en el vestíbulo de acceso.

-¿Sabes? -dijo Sophie-. Esta mañana he descubierto que soy la mejor amiga que tendrás jamás.

-¿Ah, sí?

-Sí.

-Bueno, no es que lo ponga en duda, pero, ¿qué te ha hecho saberlo?

-Fácil. Yo sé volar, tú no -respondió Sophie mientras llamaba a su campo astral sobre la palma de su mano y lo pasaba por el detector-. Yo podría ir volando a clase como los veinte o treinta que me han sobrevolado viniendo para acá. Pero no, voy a coger el aburrido, triste, oscuro y anticuado suburbano. Sólo por acompañarte.

Anne pasó sus brazos alrededor del cuello de su amiga con un apretón.

-¡Esta es mi Sophie!

-Ya. Bueno, al menos el metro es gratis.

-Sí -afirmó Anne-, mientras seamos estudiantes.

Las puertas se abrieron y Sophie pasó. Anne mostró su campo astral al detector de entrada y volvió a unirse a su amiga. El metro de París, al igual que cualquier otra tecnología moderna, se había actualizado gracias a las ventajas que ofrecía la ciencia astral. En este caso, entre otras muchas mejoras, las tarjetas con banda

magnéticas dieron paso a sofisticados sistemas de identificación a partir del personal e intransferible campo astral del usuario.

Anne y Sophie bajaron al andén, el tren acababa de llegar. Una línea de luz astrales advertía del espacio de seguridad que debían respetar mientras aguardaban la llegada del tren, aunque su color verde les permitía el paso, pues el convoy estaba parado y las puertas ya estaban abiertas.

-¿Esperamos al siguiente? -preguntó Sophie.

-Ni hablar -respondió Anne al tiempo que comenzó a correr. Alcanzaron el vagón más cercano y entraron de un brinco, las puertas se cerraron tras ellas.

Se agarraron al poste más cercano y recuperaron aliento. El tren se puso en marcha, Anne, a través de las ventanas que daban al lado contrario del andén, vio fugazmente las vallas publicitarias que mostraban atractivas y coloridas animaciones sobre refrescantes bebidas o los prometedores estrenos de la semana en los cines. No podía evitar recordar la película *Blade Runner* cada vez que contemplaba alguno de aquellos anuncios, a pesar de que, incluso con las ventajas artísticas que ofrecía la luz astral, no eran tan espectaculares como los efectos de aquel viejo clásico del cine de ciencia-ficción.

-Recuérdame otra vez, Anne. -pidió Sophie, entre jadeos-. ¿Por qué cogemos el metro cuando podría llevarte en volandas?

-Porque un día todo esto dejará de ser rentable, entonces lo cerrarán. Y después de eso, lo echaremos de menos.

-Yo, desde luego, no -dijo Sophie, convencida.

-Sí que lo harás, somos así. Revisitamos el pasado a través de la nostalgia, es nuestra máquina del tiempo.

-¿Incluso para recordar el estúpido metro?

Anne afirmó con la cabeza y añadió algo más:

-¿Quieres que te imite recordando a alguno de tus pesados ex-novios? -le retó-. Seguro que así lo entiendes.

-Idiota.

Gracias a la capacidad de anular la fuerza gravitatoria de Gaia, la mayoría de los humanos preferían surcar el cielo y abandonaban el uso de los clásicos medios de transporte. Quienes

usaban vehículos lo hacían, básicamente, por apatencia. El metro no era una excepción, e incluso en hora punta era fácil encontrar un par de asientos contiguos. De hecho, el vagón en el que se encontraban Anne y Sophie estaba medio vacío.

Lo cruzaron a lo largo porque les gustaba ir en los asientos finales, dispuestos el uno frente al otro en vez de pegados a las paredes y orientados al pasillo. Una vez sentadas, Anne se fijó en una de las pantallas que amenizaban el interior con información corporativa del consorcio de transporte metropolitano de París. Mostraba imágenes de trenes con la cabina del conductor vacía y en levitación sobre raíles con forma de cadena de circunferencias con un matiz luminoso azul:

-En dos semanas comenzarán las pruebas finales del prototipo de tren sin conductor de la RATP. Este innovador sistema estará formado por una serie de sensores astrales capaces de medir el flujo de viajeros tanto en vagones como en andenes para regular los niveles de servicio. El ratio de convoyes, los cambios de aguja y los trasbordos serán coordinados por un único control con el fin de optimizar el sistema sin necesidad de intervención humana directa.

Anne vio en aquel video promocional la prueba de que aquello que había advertido a Sophie minutos atrás era una realidad casi palpable. Cuando el sistema automático se implantara, una gran mayoría de los trabajadores de la RATP acabarían en el paro, y esto, en una sociedad en la que el dinero aún era un elemento esencial, sería un grave problema.

-Al mismo tiempo, se pondrá en marcha la última versión del sistema de impulso astral, con el que los vagones dejarán de rodar sobre raíles para desplazarse gracias a un empuje electromagnético que mantendrá el transporte elevado del suelo, reduciendo así los molestos ruidos y temblores.

-Eso no está mal -valoró Sophie.

-Se prevé una transición al nuevo modelo que culmine en un año. Su implantación permitirá extender el uso gratuito del servicio, actualmente sólo para estudiantes y ancianos, a todos los usuarios sin excepción.

-Ahí lo tienes -dijo Anne sin esperar un instante más-. Trenes sin conductor, conductores en el paro, menos sueldos que pagar, servicio gratuito universal factible.

-¿Y eso es malo?

-Si los políticos no acaban de una vez con el dinero, te aseguro que sí lo será para los que se queden en la calle.

-Bueno, para eso es la cumbre, ¿no? -preguntó Sophie mientras sacaba un chicle de su bolso-. Para decidir qué hacer con toda la gente que va a dejar de tener trabajo.

-Te equivocas. El objetivo de Munich es que nadie necesite trabajar para vivir -repuso Anne. Sophie le ofreció un chicle, ella aceptó y se lo llevó a la boca al momento-. Ya sabes, autosuficiencia coordinada, consensuada y sostenible a nivel global, lo que nos dice Maquet. Por eso la discusión es ver quién va a ocuparse de qué -la voz de Anne sonaba entre cortada por efecto de masticar el chicle-, porque la cadena de producción y distribución de bienes y servicios implica una dependencia entre países milimétricamente planificada, es decir, frágil. Debe ser perfecto desde el primer instante.

-Qué bien te lo tienes aprendido -reconoció Sophie entre tosidos, casi se atragantó con el chicle. Anne dio palmadas en su espalda-. Maquet estará contento.

-No lo creas -contradijo Anne-, hoy me toca exponer mi trabajo sobre Los Diarios de Alicia.

-¿¡Es hoy!? -Sophie tuvo que sacarse el chicle y aguantarlo en la mano para poder gritarlo.

-Es hoy.

Llegaron a tiempo al campus de La Sorbona. Tuvieron suerte de hacer un trasbordo rápido en la estación de Jussieu, una lástima que Anne no se descantase por las ciencias naturales, ya que en tal caso su viaje habría acabado al llegar a aquella parada. En la superficie se encontraba el campus de la Universidad Pierre et Marie Curie.

Tras cruzar los largos pasillos de su facultad, ambas tuvieron el aula a la vista. Justo a su llegada se encontraron con el profesor Alexander Maquet, que también iba con un ligero retraso. Era un hombre de mediana edad, bien parecido, vestía siempre de elegante

largo y lucía una mesurada melena oscura y una corta barba que le daba un aspecto interesante e incluso misterioso.

-Buenos días, profesor -saludaron.

-Buenos días, adelante -respondió educado-. Anne, ¿tiene un momento?

-Claro -Anne dejó a Sophie y se acercó.

-Es sobre esto -el profesor sacó un papel de su chaqueta y la desdobló, había algo escrito-. ¿Es en serio?

-Por completo -respondió ella, convencida-. Pensé que era correcto enviársela a usted antes que al Decano.

Maquet miró al papel y buscó entre los párrafos.

-'*Alteraciones injustificadas del plan oficial de estudios con fines de adoctrinamiento*' -leyó-. ¿Esto es lo que piensa de mis clases?

-Profesor, con todo el respeto: ni Alicia ni sus Diarios son actualidad, y mucho menos sobre política. La cumbre de Munich es en tres días y usted nos manda hacer un trabajo sobre ella. Estamos en tercero de carrera, no hay nada sobre ella que no hayamos escrito ya. Personalmente, yo estoy harta -acentuó la pronunciación, claramente hastiada- de que toda mi formación gire en torno a ella y su vida.

-Sin embargo, no ha rehusado hacerlo -repuso él-. ¿Por qué?

-Hoy lo sabrá -respondió Anne con tono desafiante-, profesor.

Le dio la espalda y entró en el aula. Maquet guardó el papel de nuevo en su chaqueta y maldijo entre dientes.

Se decidió que Anne-Marie fuese la segunda en exponer su trabajo, el primero fue un chico llamado Fabien. Había tres compañeros con ese mismo nombre en su clase, una casualidad llamativa dada la reducida cantidad de alumnos de aquella asignatura, unos cincuenta en total.

El joven aprovechó al máximo los diez minutos que permitió el profesor Maquet para la exposición. Centró su intervención en los nexos entre los libros escritos por algunos de los que, supuestamente, conocieron a La Salvadora Alicia -así era

conocida-. El testimonio de Thomas J. Weinstein, publicado cuando tan sólo tenía once años y cuya veracidad sólo fue aceptada cuando realizó una revisión ampliada del mismo cinco años después y que coincidía con las declaraciones aportadas por los monjes de un monasterio de Bután, así como las de un señor llamado Spencer Richardson de Tennessee y una mujer finlandesa llamada Vaula Halonen. Esta última padecía un tumor cerebral en fase terminal que la mantenía confinada en un hospital, pero conoció a La Salvadora gracias a una serie de encuentros astrales en los que coincidió con los autores anteriormente mencionados.

Y por supuesto, no podía faltar la referencia más importante de todas. Aquella a quien Alicia legó sus memorias y que a su vez las envió con toda su generosidad a la editorial Antares:

La señora Emilienne Tremont.

-Gracias, Fabien -dijo el profesor a su alumno-. Puede sentarse.

Fabien hizo desvanecer las palabras que había escrito en el aire para ilustrar su exposición. El profesor Maquet buscó a Anne con la mirada.

-Anne-Marie Belmont, cuando quiera.

Se levantó sin demora y pidió paso a los compañeros de su izquierda. Sophie, que estaba sentada a su derecha, cruzó los dedos. Sabía que tramaba algo, nunca había sido tan dócil a la hora de plantearse una exposición relacionada con Alicia. Esta vez no había protestado, al menos, no a ojos de ella, su mejor amiga.

Anne subió a la tarima. Se cruzó con Fabien, quien cerró el ejemplar encuadernado con anillas de su trabajo y lo entregó a Maquet. El profesor se dio cuenta entonces de que Anne no traía nada consigo.

-¿Y su trabajo, Anne?

-Aquí -respondió, y señaló a su frente con un dedo.

-Me refiero al ejemplar para la corrección.

-En su cuenta de correo, en mi casa no usamos papel.

-Anne, no hay nada que me guste más que una alumna con conciencia ecologista, pero el papel que usamos hoy día es, como sabe, reciclado. Los árboles ya no se talan.

-No es por ecologismo -repuso ella-, sino por modernidad. Los soportes físicos son innecesarios.

Maquet sonrió. Era su alumna más rebelde, pero también la más brillante. Sophie, por contra, se sintió indignada. Moderna para algunas cosas, pero anticuada para otras, como coger el odioso metro en lugar de volar.

-Muy bien -convino el profesor-, cuando quiera.

Anne comenzó a escribir con la luz astral que se desprendía de uno de sus dedos. Empezó con una lista de nombres: Vishnú, Krishna, Buda, Mitra, Osiris, Dioniso, Moisés, Jesucristo... Bajo cada nombre escribió una lista de características que después relacionó entre ellas: nacimiento profético, paternidad o maternidad enigmáticas, educación singular, rebelión contra lo establecido, obra y milagros, y finalmente, muerte y resurrección.

En último lugar, añadió un nombre más:

Alicia.

-Pues esto es todo -afirmó Anne mientras se sacudía las manos-. ¿Alguna pregunta?

El aula quedó sumida en la más absoluta perplejidad. Un doble sentimiento dividió a los alumnos; por un lado, los indignados; por otro, los no tan disconformes, pues la exposición de Anne-Marie era, sin duda, impecable.

Dos personas disintieron de las dos reacciones mayoritarias. Sophie se echó las manos a la cabeza y se lamentó por la actitud de su mejor amiga.

<<Ay, ya estamos otra vez>>, pensó.

El profesor Maquet trató como pudo de disimular la doble emoción que sintió en aquellos momentos. Estaba orgulloso por ver como el espíritu vital y rebelde de su mejor alumna seguía intacto. Pero al mismo tiempo, le entristeció profundamente que Anne, precisamente Anne, negase de forma tan tajante a Alicia.

-¿No cree que nos debe una pequeña presentación con sus propias palabras, señorita Belmont? -arrancó a preguntar.

-¿Por qué no? -aceptó arrogante-. Todos estos nombres os suenan, ¿verdad? Grandes dioses de civilizaciones perdidas de nuestra Historia o humanos enviados en su nombre para salvar a

sus pueblos. En primer lugar, podéis encontrar en este esquema los elementos diegéticos clásicos del mito del Mesías en todas las tradiciones antiguas desde la Era Antigua hasta hoy. Hasta Alicia -recalcó-. Una joven de familia desconocida, educada por una clase superior a la que no pertenece ni por linaje ni por principios, y que al ser consciente del mundo del cual procede inicia un viaje solitario para, en su peregrinaje, alcanzar un conocimiento profundo y erigirse como la salvación de los hombres. Un destino que, por supuesto, la lleva al único final acorde con las pautas del mito: el sacrificio.

El pensamiento crítico de Anne-Marie Belmont en todo su esplendor. Siempre polémico, siempre en contra de todos, pero auténtico y honesto. Y una vez más asestaba un duro golpe a sus compañeros y a los convencionalismos que habían arraigado no sólo en ellos, sino en toda la Humanidad.

-¿Y en segundo lugar? -se apresuró a preguntar el profesor Maquet, aunque en verdad, él ya sabía la respuesta. Conocía a la perfección los criterios y las ideas de su alumna, pero era importante que ella los expusiera, si no, su trabajo quedaría en la más absoluta de las incoherencias. Él y sólo él era consciente de la total y paradójica incongruencia en la que caería Anne de no matizar sus evidencias sobre la autora de los Diarios.

Además, para él era vital que Anne creyese en Alicia, mucho más que cualquier otra alumna.

-En segundo lugar -dijo Anne, recogiendo el guante lanzado por su profesor-, esta vez no estamos ante un relato escrito cien años después por alguien que no fue ni protagonista ni testigo de los hechos. Esta vez tenemos referencias históricas precisas de los acontecimientos que se narran, testimonios acreditados de algunos personajes, varios de ellos todavía con vida. Y lo importante de todo, esta vez no necesitamos la fe para creer en su legado. Éste brilla por sí mismo.

Maquet asintió satisfecho y caminó hacia el centro de la tarima:

-Como pueden comprobar, cualquier teoría es defendible siempre que se eviten los radicalismos, la negación por la negación

y, disculpen la redundancia, la afirmación por la afirmación. La presentación de una lista equilibrada y realista de los elementos, tanto a favor como en contra de la hipótesis, es imprescindible para lograr la objetividad, y desde ahí, la credibilidad. En base a todo esto -se volvió hacia Anne-, ¿cuál es su conclusión, señorita Belmont?

-Mi conclusión sobre esto es que, en el aún no probado supuesto -puso especial énfasis en ello- de que la persona de Alicia realmente existiese, su vida no fue tal y como cuentan sus Diarios. Sin duda su narración está mediatizada y marcada por la tradición y los cánones del viaje clásico del héroe del mismo modo que cualquier otra religión monoteísta precedente a Las Alas. Todas ellas trataron, y esto lo explica muy bien Daniel Cunningham...

-¡Ja, Cunningham! -interrumpió el profesor con una carcajada, pero no tuvo a Anne.

-Adaptar la verdad al dogma -continuó-. En los primeros días tras la publicación de los Diarios los cristianos vieron en Alicia la segunda venida de Jesucristo. Para los judíos fue el salvador profetizado e incluso negaron su condición de mujer. Los hindúes la proclamaron como la nueva encarnación de Vishnú, y en verdad son los únicos a quienes se les puede dar un poco la razón, aunque pronto se demostró que el protagonismo de los chakras y del karma en sus creencias no fue sino otra deficiencia del Velo del Olvido.

Incluso los más apasionados creyentes de Alicia no sabían qué pensar. La claridad de pensamiento inherente del desarrollo espiritual propio de su época les libraba, afortunadamente, de encerrarse en su propia creencia y les protegía del fanatismo. Las puertas de su mente estaban abiertas de par en par a la hora de escuchar a los demás. Eran la primera generación tras la caída del Velo, la luz de las estrellas había convertido la fe en una reliquia del pasado y les había traído a todos la razón y el camino a la verdad.

Y sin embargo, quisieron resistirse a Anne.

Alguien levantó la mano, era Sophie. El profesor hizo un gesto y le dio permiso para intervenir.

-Yo no puedo dudar de la palabra de Émilienne Tremont -dijo ella-. Creo que ninguno de nosotros tiene motivo para ello,

salvo tú.

-¿Tú crees en la casualidad, Sophie? -le preguntó Anne mientras le señalaba su esquema de luz.

-No, pero creo que no tiene sentido que defiendas esta teoría cuando tu escritor favorito, al que das todo el crédito, corrobora el contenido de Los Diarios de Alicia palabra por palabra.

-¡Es verdad! -Maquet cayó en la cuenta entonces-. Cunningham ha corroborado la veracidad de los Diarios.

-Sí, y al mismo tiempo su editor quiere demandar al de Tremont por plagio.

-Bueno, eso no es del todo cierto, Anne -repuso el profesor-. En realidad...

Un fognazo de color rojizo traspasó las ventanas e iluminó el aula. Duró tan sólo un instante, pero el estruendo posterior hizo callar a Maquet. Los alumnos se levantaron de golpe asustados, los más cercanos a las ventanas corrieron a ver qué pasaba.

-¿Qué ha sido eso? -preguntó el profesor en voz alta mientras se acercaba a la ventana y se abría paso entre sus estudiantes, ninguno de ellos veía nada anormal en el exterior.

Anne bajó de la tarima, pero le dio pereza hacerse un hueco entre sus intrigados compañeros y esperó cruzada de brazos. Sophie, al contrario, alcanzó una ventana y se asomó al exterior. Justo en ese momento llegó otro fognazo y cegó a todos por un instante. La vibración fue tal que el cristal de una de las ventanas se resquebrajó levemente en una de sus esquinas.

-Atrás, vamos -ordenó el profesor, responsable de ellos.

Unos cuantos le hicieron caso, otros persistieron. Sophie, con la vista nublada por el resplandor de momentos atrás, no se dio por vencida y volvió a asomarse.

Esta vez sí vio algo:

-¿Esos no son Jeroy y Marc?

-¡¿Cómo!? -Anne reaccionó al momento-. Dejadme, pasar -pidió a empujones, y llegó hasta la ventana contigua a la de Sophie. A una media distancia divisó a dos muchachos luchando con sus espadas astrales, ambas de color rojo. Reconoció a Jeroy por su pelo

rubio, largo y rizado.

-¿No se supone que el torneo era mañana? -preguntó Sophie a Anne.

-Parece que lo han adelantado por su cuenta -contestó la joven.

-¿Qué torneo? -les preguntó Maquet.

-El torneo regional de esgrima -respondió Anne, visiblemente enfadada-. Pero esos dos idiotas parece que no tienen paciencia.

Nada más acabar su frase, Marc, el adversario de Jeroy, le dio la espalda al aula. Jeroy, situado tras él, lanzó una serie de ráfagas de energía que su rival acertó a bloquear con la hoja de su espada.

Excepto una.

-¡Cuidado! -gritó Maquet. La mayoría de ellos reaccionó a tiempo, antes incluso que la advertencia del profesor, y se tiraron al suelo. Sólo tres de sus estudiantes permanecieron de pie: Anne, Fabien y Sophie.

Se dio la circunstancia de que la ráfaga iba directa hacia esta última.

-¡Sophie! -Maquet se lanzó de forma desesperada e invocó su espada astral de color azul celeste. Fue un momento crucial para él, lo vivió como si el tiempo se parase, y ocurrió así porque, mientras desenvainaba en compañía de su angustiado grito, sufrió la certeza de que no iba a poder salvarla.

Maquet cayó al suelo a los pies de Sophie. En efecto, fracasó en la fuerza del saltó y en el momento de su reacción. Casi no se atrevía a mirar, el sonido del cristal rompiéndose en mil pedazos le hizo temer lo peor.

Esperó sentir los trozos caer en los instantes siguientes, pero, de manera incomprensible, no sucedió. Alzó la mirada, Sophie, aparentemente, seguía en pie, totalmente inmóvil.

El profesor levantó la cabeza, preparado para ver cualquier cosa.

Cualquiera, menos lo que realmente vio.

La ráfaga de energía flotaba justo ante el rostro de Sophie, totalmente quieta, concentrada. A su alrededor, los fragmentos de

cristal de la ventana la acompañaban, suspendidas por alguna suerte de fuerza invisible.

El instinto de Maquet le sirvió bien, pues miró a su espalda con acierto.

Anne-Marie les miraba con su mano extendida hacia ellos, y su campo astral, de color dorado, se manifestaba ante su palma.

-Anne... -Maquet, asombrado por la sobresaliente capacidad de reacción y poder de su alumna, apenas podía expresar su agradecimiento.

-Quitaos de ahí -dijo ella con cierto esfuerzo, concentrada por completo en mantener el control sobre la ráfaga de energía y los cristales.

Maquet cogió a Sophie por el brazo y la apartó de la trayectoria de la esfera de energía con cuidado de no herirse con los pedazos de vidrio.

-Venga, apartémonos todos -apremió el profesor a los alumnos. Todos dejaron sitio y se retiraron hacia la esquina contraria del aula, justo detrás de Anne, cercando la tarima.

-Anne, ya puedes soltarlo -indicó Maquet. La joven bajó el brazo, apagó su campo astral y dio un salto hacia atrás, los cristales cayeron al suelo y la esfera voló por encima de los asientos de los alumnos e impactó en la pared creando un considerable cráter del tamaño de un balón de fútbol.

-Ahh..., no vuelvo a hacer esto antes del desayuno -se lamentó.

-¿No has desayunado? -le preguntó Fabien, que estaba justo tras ella.

-Sólo una vez, yo desayuno dos veces.

Los alumnos rompieron a reír, más por orgullo ante la pequeña gesta de su amiga que por la discutible gracia del comentario.

-¡Gracias, Anne! -Sophie se lanzó a los brazos de su salvadora.

-Estoy muy orgulloso de usted, Anne -le felicitó el profesor.

-No hay de qué, pero la próxima vez se lo dejó a usted, yo no tengo tanta fuerza.

-No esté tan segura -insinuó el profesor, convencido de algo sobre Anne que ella misma ignoraba-. La próxima vez...

Nuevamente, una brillante y amenazadora luz rojiza le interrumpió de nuevo. Una segunda esfera de energía se acercaba hacia ellos, pero esta vez estaba preparado. Extendió su mano izquierda hacia la ventana, invocó sobre ella su campo astral e hizo estallar el cristal para que sus pedazos cayesen al exterior y así evitar que dañasen a sus estudiantes. Un instante después llamó a su espada astral en su mano derecha y encaró sin miedo la ráfaga carmesí.

Pero de esta parte no se encargó él.

Algo se interpuso en el último momento entre su espada y la esfera de fuego rojo. Desde su perspectiva, era una brillante línea dorada, desde la de sus estudiantes estaba más claro. Además, presenciaron con detalle cómo surgió.

Y de quién.

Era la espada astral de Anne-Marie.

Ejecutó el mandoble con ambas manos. La hoja bloqueó con precisión la esfera; después, un segundo movimiento hacia el exterior. La esfera se deshizo en fragmentos que acribillaron el resto de ventanas de la pared y una bocanada de aire fresco les invadió.

Anne saltó y se posó sobre el borde de la ventana y concentró su vista a lo lejos. Jeroy y Marc proseguían con su insensato duelo. Brincó al exterior, dispuesta a ir hasta ellos, pero justo cuando pisó el césped vio cómo los dos contendientes daban un gran impulso para después sobrevolar el edificio, a ella misma y seguir más allá.

La joven volvió sobre sus pasos y de un salto entró de nuevo en el aula.

-¡Paso! -pidió mientras los estudiantes se apartaban ante ella.

-¿A dónde vas? -le preguntó su profesor.

-¡A por esos dos idiotas! -contestó mientras salía del aula.

-¡Espera! -Maquet envainó su espada astral y corrió tras ella, sus alumnos le siguieron en tropel-. ¡No me sigan, permanezcan en el aula!

-¡De eso nada! -repuso Sophie-. No queremos perdérselo.

Anne iba muy adelantada. Algunos de sus compañeros aceleraron el paso, otros cogieron alguna clase de atajo y aventajaron a Maquet, quien seguía tras los talones de su testaruda estudiante.

-¡Anne, deténgase! -le ordenó-. ¡Usted no tiene autoridad para reprenderles!

-¡Me da igual!

Maquet decidió tomar su propio camino y giró a la izquierda sin darse cuenta de que iba directo hacia alguien a quien no esperaba tras la esquina.

Alguien que sí sabía que él iba hacia ella.

Detuvo al profesor con ambas manos, lo cogió por los brazos y lo introdujo a la fuerza en una pequeña habitación sin ventanas que quedaba justo al lado.

-¡Eh! ¿Pero quién...? -reaccionó Maquet, enfadado.

-Soy yo -dijo ella mientras le daba la espalda y cerraba la puerta.

-¡Lyrae! ¿Qué haces aquí?

Lyrae Daustralis invocó una pequeña llama de color violeta en su mano derecha para iluminar el lugar. Vestía de elegante negro ajustado, su oscura melena le llegaba hasta la mitad de la espalda. Su frente, al contrario que antaño, la cubría su propio pelo, con las puntas uniformes justo por encima de las cejas.

-Traigo malas noticias, Dumas.

-¿Y tenías que encerrarme aquí para dármelas? -preguntó contrariado.

-Eres tú quien no quiere que Anne nos vea juntos para evitar que nos recuerde.

-Sí, pero es que ahora se la circunstancia de que tengo que ir tras ella antes de que convierta a su novio en pedacitos.

-No es su novio, está previsto.

-Genial, gracias por el chisme, cariño. Ahora déjame pasar -le pidió mientras trataba de esquivarla.

-¡Dumas, esto es importante! -le cogió por el brazo y rogó su atención, Lyrae se mostraba claramente preocupada-. Hemos tenido otro caso como el del maestro Mizar.

-¿Le ha vuelto a pasar?

-A él no, a otro. Uno de los secretarios de la presidenta, Yun Sterios.

-Por Gaia, ¿y se ha recuperado?

-Sí, pero eso no es todo. Justo cuando le ocurrió nos llegó una predicción muy extraña. La vida de uno de nosotros está en peligro.

-¿Cómo que la de uno de nosotros? ¿La tuya y la mía?

-La de todos los ciudadanos de Astros. Sé que es inusual que te lo diga de una forma tan imprecisa, pero así se nos ha transmitido. Los arcanos han previsto que la vida de uno de nosotros correrá un peligro extremo dentro de unos días.

Dumas se tomó unos segundos para llegar a la verdadera preocupación de Lyrae. La no pronunciada.

-¿Crees que el próximo puede... morir?

-Sé que suena absurdo, pero escúchame. Las cartas no predicen muertes naturales, sólo aquellas que ocurren por la voluntad de otros. ¿Y sí lo que nos está sucediendo está siendo provocado por alguien?

Dumas hizo una mueca, todo aquello le parecía ridículo.

-Lyrae, cielo, eso no va a pasar -pasó su mano suavemente por el rostro de ella-. La isla no ha sido localizada y, aunque lo fuera, es impensable que alguien tenga la intención de hacernos eso. Incluso así, no hay nadie con esa capacidad. Y en cualquier caso, ¿qué querrías que hiciese al respecto?

-Que vuelvas conmigo a la isla, debemos tratar este tema entre todos.

-De acuerdo, iré a la isla el viernes.

-Pero...

-No puedo desatender mis clases -dijo Dumas-. Si necesitas la ayuda del Gremio de Inteligencia habla con Mael o con Tellos Sabes que puedes confiar en ellos.

-Es Tellos quien quiere que vuelvas -subrayó ella.

-Pues ya sabes qué decirle de mi parte -Dumas la besó en los labios y la apartó de la puerta-. Búscame esta noche, ya sabes dónde estaré.

-No es buena idea -repuso Lyrae mientras Dumas abría la puerta-. ¿Y si nos pasase a alguno de nosotros estando allí?

-Pues que el que quede consciente ayude al otro -respondió él con una sonrisa-. *Salut!*

Dumas se alejó a la carrera. Lyrae apagó su llama de una sacudida, llevó su mano a su nariz e inspiró profundamente. Después acarició su mejilla y suspiró.

Mientras tanto, Anne-Marie y sus compañeros encontraron a Jeroy y a Marc cruzando sus espadas astrales en medio de la mismísima plaza de La Sorbona.

-¿Estáis locos o qué? -increpó Anne, muy enfadada.

-Mira quién ha venido -señaló Jeroy-, y además con público.

-¿Qué pasa, que tengo cara de bromear? -Anne, desde luego, no se andaba con miramientos.

-Oye, dile a tu novia que nos deje en paz -le dijo Marc a Jeroy.

-¿Su novia? -se preguntaron todos, estupefactos.

-¿Su novia? -volvió a preguntar Sophie directamente a Anne, indignada por no haber sido informada por su supuesta mejor amiga.

-No es mi novio -desmintió ella, tajante.

-¿No lo soy? -se preguntó Jeroy con cierto sarcasmo-. Pues...

-Ni pues ni nada. ¿Sabes que tus ataques han destrozado nuestra aula y que casi hieres a Sophie?

-¿Qué? Vaya, lo siento -Jeroy, por primera vez, empezaba a ser consciente de la realidad de la situación. Se había dejado llevar demasiado en su pasión por la esgrima.

-Eh, sigamos con lo nuestro -dijo Marc.

-De acuerdo, pero esta vez sólo con espadas -respondió Jeroy y recuperó su guardia.

Los destellos de sus mandobles alertaron a los alumnos y profesores de los pabellones que daban a la plaza. Los más despreocupados bajaron hasta el patio para asistir el duelo y vitorear a los contendientes. Muchos otros permanecieron en las aulas y presenciaron la lucha desde las ventanas.

-¿Es que no has entendido nada? -Anne se volvió, si cabe, más enfurecida. Su espada astral aún seguía invocada en su mano, y se interpuso entre ambos enfrentando a su *no novio*-. Os estáis portando como críos. El que luchéis hasta hartaros no nos importa lo más mínimo, pero estáis en el campus y podéis hacer daño a alguien.

Jeroy pensó en las palabras de Anne, pero no para asimilar las razones de la joven, sino para intentar rebatirla.

-Bueno -sonrió él-, pues iremos a donde no molestemos.
¡Marc!

Su contrincante le entendió de inmediato y, de forma simultánea, dieron un enorme salto hacia el aire.

-¡Hasta luego a todos! -exclamó Jeroy mientras se alejaba hacia el cielo.

-Estúpido -dijo Anne entre dientes. Tomo impulso y saltó también tras ellos.

-¡No, Anne, no vayas! -rogó Sophie sin éxito. En ese momento llegó Dumas.

-¿Dónde están? -preguntó.

-¡Allá arriba, profesor! -señaló Sophie, extremadamente alterada-. Anne va tras ellos. ¡Debe detenerla, por favor!

-¿Por qué se altera tanto, Sophie?

-Porque hay algo que Anne no sabe hacer aparte de volar.

-¿El qué?

-¡Aterrizar sin hacerse daño! -reveló.

A cientos de metros de distancia de Dumas y Sophie, Anne perseguía a Jeroy y a Marc. Los dos muchachos cruzaban sus espadas con violencia mientras ascendían más y más, con el cielo estrellado como telón de fondo.

Anne empezó a notar que la potencia de su salto empezaba a disminuir:

-¡Jeroy, te juro que como no te detengas no vuelvo a hablarte en la vida!

-¡Déjame en paz, pesada! -le espetó.

La joven notó que la temperatura disminuía a cada segundo. Activó un panel de su campo astral sobre su muñeca derecha y

comprobó la altura con la línea del horizonte y una de las Alas como referentes. Los valores que obtuvo eran, indudablemente, alarmantes.

-¡Estamos a ocho kilómetros del nivel del mar! ¡No sigáis ascendiendo! ¿¡Me oís!?

No, no la oían. Estaban ya a demasiada distancia y el sonido del choque de sus espadas llenaba por completo el sentido de sus oídos. Una serie de líneas de luz del mismo rojo pálido de sus espadas comenzaron a cubrir sus cuerpos y un destello surgió en sus frentes más un par de alas a cada espalda.

Sus armaduras astrales.

-¡No, no lo hagáis!

Jeroy y Marc se perdieron de su vista en dirección hacia las estrellas. Anne, finalmente, cayó presa de la gravedad.

-Sabía que debía enseñarle a volar -se lamentaba Dumas.

-¿Qué hacemos, profesor? -preguntó Sophie, preocupada por su amiga.

El caballero caminó por delante de todos con la mirada puesta en el cielo, se quitó la chaqueta y pidió a Sophie que la tuviese. Después llamó a su Símbolo entre sus manos y llenó con una intensa luz azul celeste toda la plaza de La Sorbona. Desplegó su campo astral y cubrió varios metros a su alrededor con paneles y recursos espirituales. Sus estudiantes estaban perplejos, ni por asomo imaginaban que el desarrollo del campo astral de su profesor fuera tan fastuoso.

Seleccionó un pequeño disco del tamaño de su mano y lo puso ante sus ojos. El objeto cambió a una forma más ovalada y alargada y cubrió su vista. Esta habilidad permitió a Dumas identificar entre la luz de las estrellas el brillo dorado de la espada de Anne, quien además lanzaba ráfagas en señal de auxilio.

-¡Ahí está! -el campo astral de Dumas se desvaneció salvo su visor y saltó en dirección a ella provocando una onda de energía que hizo retroceder a sus estudiantes.

En el cielo, Anne giró el cuerpo y encaró la superficie. Envainó su espada astral y lanzó una nueva serie de ráfagas de

socorro, esta vez con ambas manos y con una estela más larga y llamativa. El color dorado de su energía casi llegaba al blanco, y explotaba en centellas que caían esparcidas por el aire.

De repente, a través de aquel emjambre de luz, vio aparecer a su profesor.

-¡Anne!

-¡Profesor!

Extendieron sus manos para cogerse, pero fallaron. Dumas la superó. El caballero vistió entonces su armadura astral celeste, nació las alas y se lanzó en picado tras Anne. Un escalofrío le sobrevino. Hace veinte años, un hombre, Albilus Leorion, también se arrojó al vacío tras su discípula.

Mal momento para tan trágico recuerdo.

A pesar de los tristes parecidos, la realidad de la situación marcó la diferencia. Dumas atrapó a Anne a escasos metros del suelo, ante la atónita mirada de los estudiantes.

-¡Te tengo! -celebró él en el mismo instante en que la cogió.

El frenazo dejó sin aliento a Anne y sacudió todo su cuerpo. La rodearon los aplausos que sus amigos dedicaron a su profesor, pero no era momento para recrearse.

-¡Profesor, tiene que detenerlos! -le pidió mientras ambos descendían hacia el suelo con suavidad-. ¡Están a punto de traspasar la troposfera!

-Déjamelos a mí.

Ayudó a Anne a pisar tierra firme. Después encaró el cielo, agitó sus alas con fuerza y salió a la caza de los sus insensatos alumnos.

Alcanzó la estratosfera, confiado en que las armaduras astrales de Jeroy y Marc les protegieran del frío bajo cero que se sufría en aquellas alturas. Miró por todas partes, pero no encontró aquellos rojos pálidos por ninguna parte.

Sintió una sacudida del aire a su espalda acompañada por un estruendoso ruido. Se dio la vuelta y vio como uno de los dos, Marc, desprovisto de armadura, caía descontrolado. Dispuso volar tras él, pero vio a lo lejos un segundo objeto también en caída libre, era Jeroy. Ambos estaban inconscientes y sus protecciones astrales

se habían desvanecido.

El visor de Dumas fijó los objetivos. Llamó a su campo astral y transfirió la información a una pantalla mayor a su izquierda para hacer seguimiento de los dos estudiantes. A su derecha mezcló varios elementos en un panel y formuló una alteración fundamentada en antigravedad.

Alrededor de Jeroy y Marc surgió una esfera de luz de color azulado. Poco a poco, la velocidad de caída disminuyó, finalmente, quedaron suspendidos en el aire.

<<Bien mirado, podría haber empleado esto con Anne>>, pensó. <<Claro que no habría sido tan espectacular>>.

En la superficie, Anne narraba lo sucedido más allá de la troposfera a sus compañeros. Usaba para ello un visor de energía astral similar al de su profesor.

-Los tiene -les anunció.

Los alumnos aplaudieron y lanzaron vítores, su profesor era un as.

Un nuevo objeto apareció de repente en la visión ampliada de Anne. Avanzaba a gran velocidad hacia su profesor.

«¿Quién será?», se preguntó.

Dumas apagó su campo astral y descendió hasta Jeroy y Marc. La intención era reprenderles, pero dormían como lirones. Tanta testosterona para nada.

«Tienes unos alumnos de lo más pueriles», oyó en su cabeza.

-¿Sigues por aquí, cariño? -le preguntó Dumas.

-Sobre ti -esta vez le habló de forma normal, flotaba a menos de un metro por encima de él y vestía su armadura astral, de color violeta-. No me gusta que se me deje con la palabra en la boca.

-Lo siento, pero ya ves que era importante -señaló él.

-De vital necesidad -apostilló ella, irónica-. Deberías bajarlos a tierra, tu improvisada protección no combate la hipotermia.

-Ah, es verdad. Oye, ¿te importa si bajo yo solo? Anne está allá con los otros.

-Te esperaré en casa -asintió ella.

-Gracias -el caballero le dio un beso-. Nos vemos luego.

Tomó el control de las dos esferas y descendió junto con Jeroy y Marc. Lyrae permaneció allí y le observó alejarse con los dos muchachos.

De repente, algo oprimió el pecho de la vidente. Fue como si su propio cuerpo, súbitamente, se negase a seguir respirando. Quiso moverse, pero no pudo. La vista se le nubló, y varios sudores fríos recorrieron su cuerpo desde la nuca.

Una mueca de pánico asomó en su rostro.

La brillante armadura malva se apagó, sus ojos se cerraron y su respiración se extenuó del todo.

Y comenzó a caer.

Pasó ante los ojos de Dumas como un peso muerto.

-¡Lyrae! -Dumas fue tras ella como un rayo, pero la tracción de Jeroy y Marc entorpecían sus maniobras en el aire. Lyrae se alejaba de él mientras caía sin sentido.

-No me lo tengáis en cuenta -les dijo a los estudiantes, y les soltó.

Libre de lastre, Dumas reemprendió el vuelo tras Lyrae, los alumnos quedaron muy atrás. El caballero estuvo a punto de romper la barrera del sonido en su esfuerzo por llegar a ella, pero no acertaba distancia.

Un destello dorado surgió desde tierra, directo hacia ellos. Impactó de forma certera en Lyrae y detuvo su caída por unos instantes. Duró un pestañear de ojos, pero fue suficiente.

Dumas atrapó a Lyrae entre sus brazos.

-Gracias, Anne -susurró acertadamente, aliviado mientras acurrucaba el rostro de la vidente contra el suyo.

Por fin estaban en la troposfera y, por tanto, fuera de los peligros del frío y la asfixia. Dio la vuelta al cuerpo de Lyrae y apartó su melena oscura para descubrir su nuca. Activó un disco luminoso sobre su mano derecha y la impuso sobre ella en busca de Vishudda, el quinto chakra. Su campo astral afloró desde él aparentemente ileso, pero algo muy siniestro se desveló a los asombrados ojos de Dumas: justo bajo el Símbolo, los nexos que

unían a aquel punto vital con los demás se mostraban entrecortados y tintineantes.

A punto de desaparecer.

Dos objetos pasaron a ambos lados de ellos, eran Jeroy y Marc. Dumas los había dejado olvidados, y descendían lentamente hacia el suelo sin que él lo hubiera dispuesto.

Miró abajo, sintió la fuerza que les reclamaba, y averiguó quién era.

Los alumnos de Dumas Deneb-Algiedi, o Alexander Maquet, como ellos creían que se llamaba, observaban estupefactos la proeza de Anne-Marie Belmont. La telekinesia era un don habitual, pero no la capacidad de influencia a tantísima distancia. Sin duda, la joven había roto algún record en este campo, parecía capaz de mover a las mismas estrellas a su capricho.

En su sobreesfuerzo, Anne tuvo que desplegar todo su campo astral. Sus compañeros ya habían asistido impresionados a la inmensidad del espíritu de Dumas, pero no imaginaron que alguien de su misma edad estuviese a la misma altura.

Quizá a más.

Jeroy y Marc regresaron finalmente a la plaza de la Sorbona seguidos por Dumas, que llevaba en brazos a Lyrae, aún inconsciente.

-Últimamente no hago más que felicitarla, señorita Belmont -reconoció él.

-Y yo no hago más que agradecerse, aunque no lo haga ver -le respondió Anne mientras hacía desvanecer su campo astral-. ¿Quién es ella?

-¿Ella? Pues... -Dumas pensó muy bien qué decir por temor a que Anne recordase algo indebido-. Una becaria de mi departamento.

Anne arqueó las cejas y mostró su desconfianza:

¿Seguro? -insistió con tono incrédulo-. Yo no recuerdo haberla visto por allí.

-Ya, eh... -el caballero no se vio capaz de convencerla-. Voy a llevarla a casa. Vosotros llevad a esos dos a que les echen un

vistazo.

-Pero... -Anne no pudo acabar la frase, su profesor emprendió el vuelo y se alejó con su *becaria* en brazos.

Marc despertó primero, no parecía sufrir daños importantes e incluso charló animadamente con los compañeros. Jeroy empezó a mover un brazo y, visiblemente débil y desorientado, comenzó a balbucear sin sentido.

-Te está llamando, Anne -tradujo Marc.

-¿Entendiste lo que dijo? -preguntó ella, algo sorprendida.

-Estoy acostumbrado a oírle así, mejor no preguntes.

Anne negó con la cabeza, consciente de la insinuación de Marc. Preferiría no haber entendido. Se acercó a ellos, se cruzó de brazos y se agachó un poco hacia Jeroy.

-Jeroy -pronunció con un tono casi melódico y, por tanto, sarcástico-, ¿puedes oírme?

Él contestó con un ridículo gemido.

-¿Sabes? Había traído mi guitarra tal y como acordamos -continuó Anne-, pero resulta que, bueno, tu estupidez de hoy me ha enfadado no sabes cuánto. Así que mejor te buscas otra cosa que hacer esta tarde, porque no pienso perdonarte esto.

-Un poco dura, ¿no? -opinó Marc.

-Dura, pero justa -se dio media vuelta y tomó el camino hacia la salida de la plaza.

-¿Te vas a casa? -le preguntó Sophie.

-Sí, pero primero voy al aula a recoger mi guitarra. ¿Vienes?

Sophie asintió y fue con Anne. El resto de compañeros empezó a dispersarse. La mayoría volvió a sus clases, alguno que otro se quedó con Marc y el pobre Jeroy.

Dumas tuvo el viento a favor en su veloz viaje. Tomó el oeste en su mirada y se alejó de París, rumbo a la costa atlántica, y de ahí a la Ciudad de Astros.

Sin embargo, justo cuando había sobrevolado la mayor parte de la isla de Jersey, Lyrae despertó. Dumas se percató enseguida y descendió hasta el tejado del solitario faro de Carbiere.

-Cariño, ¿cómo estás? -preguntó él.

-No sé -respondió tras un largo silencio roto por varias respiraciones intensas-. Estoy... ¿Dónde estamos?

-En Jersey, de camino a Astros.

-Tenemos que ir -Lyrae se apoyó en Dumas y trató de levantarse. El fuerte viento de aquellos acantilados la tambaleaban como a una hoja de papel.

-No, no, descansa -él trató de sentarla-. No estás en condiciones de volar por ti misma. Démonos un par de minutos y seguiremos, yo te llevo.

Lyrae no rechazó, realmente se sentía muy afectada por aquella extraña dolencia.

-Revisé tu campo astral mientras estabas inconsciente -le dijo Dumas-. Las conexiones de Vishudda mostraban las mismas anomalías que en el maestro Mizar.

Los ojos de Lyrae se desviaron hacia las olas que rompían en las rocas, a los pies del faro. Algo callaba, una parte importante de aquella terrible experiencia que había sufrido. Dumas lo leía en su mirada.

-Quédate conmigo esta noche -le sugirió-. Mañana pediré permiso en la facultad y te llevaré a Astros.

Ella se abrazó fuerte a él, de improviso. Comprendió que él sentía en parte la profundidad de sus sensaciones.

-Lyrae, ¿lo viste? -preguntó él en voz baja-. ¿Viste el mar de las akasias?

Acurrucada entre sus brazos, se sintió preparada para confesar su experiencia:

-Soy vidente, veo la muerte antes que nadie. Ella me habla, al igual que cualquier otro aspecto de la existencia, por eso tiene su lugar entre los seis arcanos supremos. Pero no es a ella a quien sentí.

-Entonces, si no fue la muerte, ¿qué sentiste?

Lyrae trató de decirlo, pero la garganta apretó sus palabras. Lo consiguió al tercer intento:

-Miedo, sentí miedo.

Dumas no dio crédito a aquellas palabras.

-¿No viste la Rueda de las Akasias?

Lyrae se abrazó más a él.

-No vi... nada -y rompió a llorar de puro terror-. ¿Qué nos está pasando, Dumas? ¿Qué nos está pasando?
Él también se lo preguntó.